

La perfección, el camino, el origen

I

De la perfección

Toda obra se encamina a la Obra.

Tal fue el pensamiento que durante mucho tiempo acompañó a pensadores y artistas. El deseo de perfeccionar, de cumplimentar, fue inseparable de la preocupación de testificar un saber y un poder. La perfección es lo que no poseían, pero que debían alcanzar y añadir al mundo. Para algunos era lo que completaba la belleza mundana. No tenían el derecho de sentirse satisfechos antes de alcanzarla. Querían ser insuperables o no ser nada. Este pensamiento se perpetuó con diversas apariciones a lo largo de los siglos. Todavía podemos reconocerlo en el proyecto de las obras en forma de mundo que fue soñado en este siglo que termina.

La perfección pasa por ser el ideal del clasicismo. Fueron los románticos, sobre todo, quienes así lo creyeron, para criticar o lamentar a los clásicos. De hecho, la mayoría de los artistas románticos permanecieron ligados al ideal de la perfección. Hasta llegaron a conferirle una idealidad trascendente. A veces le atribuyeron cualidades contradictorias: totalidad e infinito. En la exaltada prosa de su miscelánea general, Novalis escribe, al comienzo del siglo XIX: «Ninguna perfección se expresa aisladamente; el objeto perfecto expresa a la vez todo un mundo de apariencias. Por ello, el velo virginal flota alrededor de lo que es perfecto en cualquier género, velo que el más ligero contacto disuelve en un perfume mágico que se convierte en el carro de nubes del vidente. No sólo vemos la antigüedad. Al mismo tiempo, vemos el cielo, la lente de aproximación y la estrella fija y, por consiguiente, la revelación de un mundo superior. No se crea rígidamente que lo antiguo y la perfección son fabricados (...). Se los conforma, sí, como la mujer amada, por medio de la señal convenida que le hace su amigo en la noche, como la chispa por medio de los cuerpos conductores o la estrella por el movimiento del ojo. Exactamente como la estrella aparece en la lente de aproximación y la atraviesa, lo mismo una presencia celeste en una figu-

ra de mármol. A cada sucesivo golpe de perfección, la obra escapa del control del maestro, hacia mundos distantes (...). El artista pertenece a la obra y no la obra al artista»¹.

Así, declara Novalis, la obra es mucho más que el artista: se le escapa y deviene «el órgano inconsciente y la propiedad de una potencia superior». ¿No es revelador este pensamiento que, empezando por afirmar que todo objeto perfecto nos trae el mensaje de un mundo, termina por poner ese mundo fuera de nuestro alcance? Notemos aquí que el respeto de Novalis por la antigüedad es la expresión del gusto neoclásico de su época. Este gusto está impregnado de nostalgia. Hace de la perfección una cosa del pasado, tan lejana de nosotros como la estrella que aparece en el telescopio.

La perfección no sería, entonces, más que una quimera o un gran anhelo, un desafío al que sólo puede responder la imaginación. «Fuera del ser que existe por sí mismo, sólo es bello lo que no existe»², dice un personaje de Rousseau, que convierte así a la Belleza en rival quimérico de Dios y cómplice de la nada. Según la enérgica máxima de Goethe, «la perfección es la norma del cielo, en tanto que querer la perfección es la norma del ser humano»³. La idea fue repetida y variada de mil maneras. *Art is long and time is fleeting*, se lamenta Longfellow parafraseando un aforismo hipocrático. Baudelaire traducirá ese verso en «La mala pata» (*Las flores del mal*, XI).

Para levantar un peso tan grave
Sísifo, haría falta tu coraje.
Por más corazón que se ponga en la obra
el Arte es largo y el Tiempo es corto.

Y repetirá la idea en «La muerte de los artistas» (*Las flores del mal*, CXXIII):

Para dar en el blanco de mística naturaleza
¿Cuántos dardos perderás, oh mi carcaj?

La Obra está siempre más allá. Toda obra desafía a la imposibilidad de la Obra. Una irreductible distancia separa lo que el artista produce y lo que habría deseado cumplir. Aun suponiendo que se hubiera colmado la Obra, Novalis nos advierte que ella ya no pertenece al artista. Toda una tradición doctrinal, surgida de Platón y que llega hasta nosotros a través del Renacimiento

¹ Novalis: Das allgemeine Brouillon, n.º 1912, en *Gesammelte Werke*, edición C. Seelig, Herrliberg, Zurich, 1946, IV, 12.

² Rousseau: Julie ou la Nouvelle Héloïse, sexta parte, carta VIII.

³ Goethe: Sprüche in Prosa, Sämtliche Werke, Stuttgart, 1863, I, 270.

y el romanticismo, pone tan alto la idea de perfección (o la perfección de la idea) que desespera de la imagen que de ella pueden dar la mano o la palabra consciente.

Del platonismo al que me refiero, es quizá paradójico heredero el antiarte contemporáneo, salido del dadaísmo (salido a su vez de la ironía romántica). Pero, en contra del platonismo, no afirma la existencia de un Bien y de una Belleza inalcanzables, sino que desespera de todo. Hay pocas aunque decisivas etapas intermediarias, entre la negación que rinde humilde homenaje a la perfección (quizá voluntariamente fallida) y la negación que afecta al proyecto del arte en sí mismo. Este pasaje al límite, que fue uno de los aspectos del pensamiento romántico, ha tomado por escenario, en nuestros días, las galerías y los museos, con sus exhibiciones de restos de naufragios y sus liturgias de la destrucción, ostentosos funerales de la noción misma de la «obra de arte». Macabra manera de reprochar a los museos ser meros palomares. Se ve en ellos la conjugación de la ironía que se vuelve contra sí misma y la crítica sociocultural: autorridiculización payasesca y gesticulación de la revuelta heroica, juego y acusación reunidos en un solo desafío. A pesar del agotamiento del género de la instalación, todavía hay artistas que sólo se atreven a presentarse recusando su propio estatuto de artistas, para combatir mejor (en su espíritu) a un mundo entregado al mal. Si hemos de creerles, sólo muestran sus trabajos por descuido, a falta de algo mejor. La denuncia puede escoger entre diversos procedimientos: el saqueo puro y simple, la exacta puesta en evidencia sarcástica de la lamentable realidad cotidiana. ¿Hace falta citar ejemplos de este acta de defunción? Cada uno los hallará en abundancia en la memoria y el derredor.

No obstante, nunca ha desaparecido el deseo de perfeccionar, de cumplir, de acabar, de alcanzar el fin. En el dominio moral –sean cuales fueren la fatiga o el sentido común que se resigna a las imperfecciones–, el llamado a lo perfecto no carece entre nosotros de atractivo. No hay que asombrarse de que en la sociedad de mercado, el rechazo de las satisfacciones fáciles cree el deseo de alcanzar a esas culturas en las que el individuo es estimulado a realizarse en la santidad, el vacío perfecto, la virtud perfectamente lúdica, la beatitud del pleno abandono. Nos gusta pensar en aquéllos para quienes el amor humano era un camino hacia el Amor absoluto. En esta vía algunos conocieron momentos de impaciencia. Así Kafka: «Hay un fin pero no hay un camino. Lo que denominamos camino es vacilación»⁴. También a veces, a pesar de los desastres de nuestro siglo, se ve renacer la

⁴ *Franz Kafka: La colina penitenciaria, cita por la traducción de Jean Starobinski, Freiburg, 1945, p. 313.*